

Escaramuzas en la frontera cacereña con ocasión de las guerras por la independencia de Portugal

*A mi querido y respetado amigo don
Carlos Ojesto y Godínez de Paz, digno
representante de los ilustres caballeros de
Sierra de Gata.*

NOTAS PRELIMINARES

Buen número de testigos, algunos con intervención directa en la llamada Guerra por la Independencia de Portugal, nos han legado varios manuscritos, fechados muchos de ellos, que han permanecido, por lo menos en gran parte, olvidados e inéditos hasta nuestros días.

Dichos papeles son cartas, comunicaciones, partes dirigidos a las autoridades o noticias sueltas, escritas posiblemente con el decidido propósito de que de los acontecimientos bélicos y hechos de menos cuantía, que se sucedían en aquellos tiempos calamitosos, quedara constancia.

Nosotros hemos investigado, y conseguido reunir, algunos datos de interés, en los legajos que se guardan en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, con el fin de hilvanarlos y con la pretensión de que algún día pudieran ser útiles a quien se decida finalmente por la plausible idea de escribir la historia de Extremadura.

Son muchos los documentos que se conservan en nuestros Archivos y que hacen referencia a las guerras con Portugal,

cuando este país se separó de la corona de Castilla. En su mayoría son copias, más o menos correctas, de los que se guardan en Simancas; pero otros son originales, verdaderos autógrafos.

A nuestro propósito sólo interesa los que relatan las escaramuzas y pendencias entre los lusos y castellanos a todo lo largo de la frontera cacereña con el país vecino; esto es, desde Valencia de Alcántara hasta Valverde del Fresno, y de modo muy especial las entradas de los portugueses por la parte oeste de Sierra de Gata; permitiéndonos significar que si en algún momento de nuestra narración señalamos con detalle sucesos desarrollados en las provincias limítrofes, Badajoz y Salamanca, lo haremos obligados por su relación inevitable con los de Sierra de Gata que pretendemos historiar, ya que todas las incursiones, rizas, golpes de mano y otras operaciones de guerra, que tantos estragos causaron a los habitantes que asentaban en las riberas del Eljas, tuvieron siempre estrecha conexión con los episodios sangrientos del distrito de Riba Coa, de las tierras de Ciudad Rodrigo y de las guarniciones de Alcántara y Alburquerque.

* * *

Fueron innumerables los incidentes y actos, en ocasiones vandálicos, cometidos por ambos beligerantes durante estas guerras encarnizadas y desastrosas, que dejaron arruinada la comarca de uno y otro lado de la frontera, y, durante la exposición, conservaremos muchas veces la propia redacción de los testimonios escritos de que disponemos, para no quitarles el sabor de la época en que acontecieron, procurando salvar, en cuanto nos sea posible, la dureza que pudiéramos encontrar en algunas expresiones, a fin de no herir los sentimientos o el amor patrio ni aun de molestar a nuestros vecinos de la nación hermana, con quienes nos unen lazos tan cordiales, siendo ello además preciso, porque, en realidad, ambos ejércitos combatientes cometieron actos que merecen toda repulsa por lo inhumano e ineficaces, ya que el saqueo y la destrucción sistemática y el procedimiento de *tierra quemada* nada práctico resolvía; pero era la guerra, causa de todos los males, y bajo su amparo las acciones más absurdas, viles y reprochables hallaban disculpa en los pasados tiempos.

PRIMERA PARTE

Da comienzo la sublevación en Lisboa

La unidad de la Península Ibérica, que tanto desearan los Reyes Católicos y tan hábilmente lograra el insigne Felipe II, quebróse irremisiblemente durante el reinado de su nieto, el poco afortunado Felipe IV.

La separación de Portugal se debió en gran parte a la política del privado, Conde-duque de Olivares, que cometió no pocos desaciertos, como el confiar, a instancia de Diego Suares, Secretario de Estado en Madrid, igual cargo en Lisboa a su suegro, el desacreditado Miguel de Vasconcelos, que obraba siempre en abierta pugna con la nobleza lusitana; el haber nombrado Virreina de Portugal a D.^a Margarita, Duquesa viuda de Mantua, y el tener poco contacto con el vecino reino, permitiéndose con ello que se incubaran toda clase de intrigas y maquinaciones.

Los tratadistas de uno y otro país atribuyen la desmembración a múltiples causas, siendo la única verdadera y decisiva que nunca se llegó a la unión espiritual de ambos pueblos y que, por tanto, los portugueses vieron siempre con desagrado la influencia de Castilla en su tierra. Y a pesar de esta realidad y de que se palpaba el descontento reinante, se cometió el grave error de nombrar Jefe del Ejército portugués al Duque de Braganza para que acudiera en apoyo de las armas de Castilla y cooperara a reducir el levantamiento de Cataluña.

El de Braganza, elegido por los conspiradores como futuro y legítimo pretendiente al trono portugués, se negó a salir de su país y rechazó asimismo el nombramiento de Gobernador de

Milán, alegando fútiles motivos. Residía en Villaviciosa en compañía de su esposa D.^a Luisa de Guzmán, hermana del Duque de Medina Sidonia, y esta señora, a pesar de llevar en sus venas sangre española, aliada con el célebre Pinto Riveiro, era el alma de todas las intrigas e instaba de continuo a su vacilante esposo para que se levantara y ciñera sobre sus sienes la corona de Portugal, haciéndole estas y parecidas reflexiones: «¿Qué vale más, morir con una corona o vivir en un retiro arrastrando toda la vida cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso también en Lisboa; pero en la corte de Castilla morirás como un miserable, mientras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como Rey. Depón, pues, todo temor, y no vaciles en el partido que debes tomar.»

Con motivo de la saca de tropas con destino a Cataluña y de los tributos exigidos para atender aquella empresa, se habían producido tumultos y gritos de rebeldía en la región de los Algarbes. A estos hechos sintomáticos siguió el motín de Evora, y todo parecía indicar que se avecinaba la hora decisiva. Efectivamente, el sábado día 1.^o de Diciembre del año 1640, a las nueve de la mañana, el exaltado Pinto Riveiro, que había preparado todos los resortes de la conspiración, se presentó en el Palacio Real de Lisboa, y a la señal convenida, un disparo de arcabuz, acudieron y se unieron a él hasta 20 fidalgos de la casa con sus criados y «otras personas confidentes que estaban encubiertas» (1), todos los cuales subieron al salón principal empuñando pistolas y otras armas, disparando en todas direcciones y causando la natural y consiguiente alarma. No encontraron más oposición que la que ofreció la guardia tudésca; pero sus componentes fueron sometidos con facilidad y rapidez, dejando sin vida a uno de ellos y mal heridos a otros dos.

Ante el ruido de los revoltosos salió de su despacho el secretario D. Adrián de Sarassa, que fué encañonado en el acto con una pistola y advertido de que si quería conservar la vida no opusiera resistencia ni se escandalizase por lo que iba a oír y presenciar.

En seguida los amotinados penetraron en el aposento de

(1) Manuscrito de la B. N. número 2.373, pág. 362.

Miguel de Vasconcelos, blanco de todas las iras; pero no consiguieron encontrarlo, porque se había escondido en una alacena. Salieron a los pasillos furiosos y contrariados, después de haber herido gravemente a tres personas que hallaron, y cuando temían que el Secretario de Estado había conseguido escapar, fué descubierto por una criada. Lo sacaron del escondite y lo asesinaron con gran saña, despojándolo de sus vestiduras y arrojándolo a la plaza por una ventana de Palacio. Estuvo el cadáver de aquel desdichado durante varias horas en la vía pública, zarandeado y ultrajado por la plebe, y al día siguiente apareció, sin cabeza, junto a la ribera del Tajo, siendo recogido por orden de don Gaspar de Costiño y mandado enterrar «debajo del escaño de la Misericordia». He aquí cómo refiere un documento de la época (1) los acontecimientos que se sucedieron a partir de entonces: «Luego al juntarse fueron otros a casa de su hermano el deán de Braga, que se escapó en hábito de mujer. Otro ministro, obispo de Leria, que estando en su iglesia tuvo aviso, se fué a un convento donde se escondió.

En un mismo tiempo se levantó el pueblo, cerrando las puertas de palacio, por cuya causa se levantaron los Consejos procurando cada uno huir de aquel tumulto; hasta el arzobispo de Braga, que estaba en la sala de gobierno, se fué a la capilla de palacio.

Y el pueblo todo y en particular los clérigos y frailes a caballo con armas comenzaron a apellidar, viva nuestro rey Don Juan el duque de Berganza; de modo que todos cerraron sus tiendas y salieron todos, unos a caballo y otros a pié, con espadas y broqueles y armas de fuego, apellidando lo mismo sin contradicción alguna. A ello ayudó mucho el andar por la calle un hombre a caballo, armado, de punta en blanco, suponiendo al duque de Berganza, y un clérigo que iba delante de él y mucha chusma detrás diciendo a voces, este es el tiempo que hemos de salir de los tiranos castellanos; viva el nuestro rey Don Juan, esforzándolos con un Cristo en las manos.

También animó a esta voz grandemente el venir aquella mañana a palacio en procesión el arzobispo de Lisboa con toda la

(1) El ref. manuscrito 2.373.

clerecía esforzando a todos a que dieran vivas al rey Don Juan, con que movía más al pueblo, mayormente que un Cristo que llevaba, al pasar por San Antonio que está cerca de la iglesia Mayor, se dice que se desclavó un brazo, de que hay opiniones muy seguras que el mismo arzobispo le desclavó para mover más al pueblo diciendo a voces este milagro y obra de Dios que tengamos rey, y así, viva el nuestro rey Don Juan. Mandó el arzobispo repicar todas las campanas de Lisboa. Soltaron aquella mañana todos cuantos presos había en las cárceles.

Al ruido y tumulto salió S. A. (Doña Margarita) a la ventana y dijo al pueblo a voces que se aquietasen, que viendo que no podía ser, mandó abrir las puertas de su cuarto y salió para ir a aquietarlos en persona en centro con los fidalgos, que se lo estorbaron poniendo las pistolas delante, que apartándolas con mucho valor les dijo: que hacéis, que tenéis; y respondieron que tenían rey; sí por cierto que lo tenéis, el rey mi señor y vuestro; no decimos eso, sino que tenemos al duque de Berganza por nuestro rey. Que queriendo S. A. persuadirles que advirtiesen las obligaciones con que nacieron y la lealtad con que siempre sirvieron a S. M., le atajaron diciendo, que no era tiempo de razones pues no había remedio; que se retirase a su cuarto no diese lugar que el pueblo hiciese alguna demasía. Entróse y le pusieron guardias, justamente el marqués de la Puebla, secretario Sarassa, Don Pedro de la Mota y demás criados y personas particulares de S. A.

Aquella mañana deshicieron el Cuerpo de Guardia en que no había gente por haber subido al castillo.

También esta mañana se llevaron toda la caballería y los fidalgos andaban aquel día a caballo en los caballos de respeto; y alguna plata del marqués de la Puebla.

Y juntos los fidalgos aquel día en el cuarto de S. A. nombraron por gobernadores del reino a los arzobispos de Lisboa y Braga, que despachaban en nombre del duque de Berganza, rey futuro. Que inmediatamente juntaron Consejo de Estado en que concurrieron el marqués de Govea, que antes de entrar en él pidió licencia a S. A., que se la dió por si podía aquietarlos. Concurrieron también el Inquisidor General, el Conde de Castañeda, Don Miguel de Almeyda, el vizconde de Ponte de Lima y

el conde de San Lorenzo; y por secretario Don Francisco de Lucena.

Avisaron rápidamente del levantamiento a Cataluña y propusieron dar pasaporte y 2.000 ducados de renta al Dr. Marcial de Andosilla Verástegui si se comprometía a levantar Navarra.»

Visto el giro que tomaron los acontecimientos desde el primer instante, el de Braganza se apresuró a trasladarse a Lisboa y fué coronado con gran solemnidad, mientras que Felipe IV apremiaba a los indecisos cortesanos de Madrid y les decía: «Es necesario poner remedio a lo de Portugal.»

Pero las múltiples guerras que sostenía España y la negligencia del Duque de Medina Sidonia, Adelantado de Andalucía, motivaron que la acción española no fuera tan rápida y eficaz como el caso requería. Medina Sidonia, hermano, como hemos dicho, de la nueva Reina de Portugal, de acuerdo posiblemente con ella, desatendió la orden de marchar contra las tropas portuguesas de Matías de Albuquerque y privó a España de los medios suficientes para atajar la sublevación, dando tiempo al nombrado Rey portugués para que organizara la resistencia.

También complicó la situación el hecho lamentable y esperado de que las potencias europeas, excepto el Pontífice, se apresuraran a reconocer al nuevo Estado independiente, aliándose con él Francia, Inglaterra y Holanda, siempre propicias para suscitar a España toda clase de dificultades.

A los dos meses del levantamiento, el 28 de Enero de 1641 exactamente, las Cortes portuguesas confirmaban los poderes de Juan IV, y prácticamente, desde ese momento Portugal deja de estar sometido a la soberanía española, dando comienzo una serie de episodios guerreros que ensangrentaron durante 28 años las tierras de la Península Ibérica y causaron graves quebrantos a los intereses de España y Portugal.

Primeras medidas de las autoridades españolas

Como medida conveniente, el Gobierno de Madrid destinó a la frontera portuguesa a varios Generales para que se hicieran cargo de los distritos en que aquélla se hallaba dividida y con la misión de reclutar la gente necesaria y tomar las medidas adecuadas y precisas para la defensa.

Señalóse a cada General un Ministro togado para que, con el título de Superintendente, le asistiese en el manejo y servicios de lo que tocaba a su profesión.

Don Iñigo Vélez Tasis Ladrón de Guevara, Conde de Villamediana y de Oñate, fué el primero que bajó a Extremadura y fijó su residencia en Alburquerque, con atribuciones de Gobernador de dicha plaza y todo su distrito, que se extendía desde allí hasta Valverde del Fresno, abarcando toda la zona fronteriza de la provincia de Cáceres; y para el mejor cumplimiento de su cometido le asistió Santilices, caballero del Consejo de Indias, que era muy experto en lides y menesteres de esta índole.

Era el de Villamediana personaje de bien cimentado crédito, heredado de sus mayores, y con la gente de su partido organizó un tercio compuesto de 2.500 hombres, una compañía de caballos y otra de corazas, integrada esta última por los fidalgos de la región, con destino a la guarnición de Alburquerque, a cuya plaza llevó todos los hombres útiles de Sierra de Gata, y hasta una compañía de soldados zarceños, mandada por el Capitán don Felipe de Villarte y el Sargento mayor D. Juan de Alvarado y Arce, que gobernaba en Zarza la Mayor.

Tal medida se estimó desacertada, por quedar desmantelados los lugares fronterizos, viéndose precisados a improvisar milicias con los escasos e inexpertos vecinos de cada localidad, y ello con perjuicio de la agricultura y el abandono consiguiente de los ganados.

Don Iñigo gobernó aproximadamente un año y durante ese tiempo no hubo más que pequeñas escaramuzas entre nuestras tropas y grupos de rebeldes portugueses concentrados, respectivamente, a uno y otro lados de la ribera del Eljas.

Luego que cesó en su cargo Villamediana, todo el territorio que había sido de su jurisdicción se unió al partido de Badajoz y quedó de Gobernador D. Juan de Garay, que nombró Maestro de Campo en el partido de Alcántara a D. Guillermo de Burgo, caballero irlandés, quien dividió en dos la compañía de tropas zarceñas, dejando la mejor a su disposición y encomendando a la otra los servicios de las plazas de Alburquerque, Valencia de Alcántara, Herrera, San Vicente y la propia Zarza, ya que indistintamente acudían a uno u otro de los lugares donde era menester.

Somero estudio del campo de operaciones

El día que dió comienzo la rebelión de Portugal, uno de los que tomó parte más directa en los acontecimientos de Lisboa, hartamente lamentables, como hemos visto, fué el General D. Alvaro de Abrantes da Cámara, el cual, enarbolando la bandera de la Casa Real, contribuyó eficazmente a la proclamación del de Braganza, dándole el título de Juan IV. Se apoderó después del castillo de San Jorge, refugio de los castellanos más destacados y adictos al Rey D. Felipe; continuó por unos días al frente de dicha fortaleza, ejerciendo las funciones de Alcaide.

En el mes de Enero de 1641 el nuevo Rey nombró a D. Alvaro General Jefe y Gobernador de la provincia de la Beira, y aunque no se le asignó Maestre de Campo para el mejor desempeño de su cargo, se nombraron dos Tenientes Generales, D. Juan de Saldaña de Sousa, de caballería, y D. Manuel Lopes, de infantería, para que lo asistiesen en su cometido.

A fines del expresado mes partió de Lisboa, y lo primero que hizo fué inspeccionar su demarcación y los castillos y plazas fuertes de la frontera.

Es la provincia de la Beira una de las más extensas de Portugal, «28 leguas de larga por 24 de ancha». Limita por el oeste con la provincia de Cáceres y la de Salamanca. Cruzada por multitud de ríos, el Vouga, el Mondego, el Cecere, el Alva, el Ceira y el Lica, entre otros, está también cortada por una elevada sierra, la de la Estrella, que se dirige del nordeste a suroeste.

Para mayor comprensión de los episodios bélicos que vamos a narrar, interesa tener una idea, aunque sea muy somera, de las ciudades, villas y pueblos fortificados enclavados en la expresada provincia a todo lo largo de la frontera cacereña, que sirvieron de escenario a los mismos.

Siguiendo la trayectoria de sur a norte por la margen izquierda del Eljas, y a partir desde el punto en que dicha ribera, con pretensiones de río, desemboca en el Tajo, la primera plaza portuguesa que encontramos es la de Rosmaniñal, que dista 20 o 22 kilómetros de nuestra Alcántara; ocupa una elevada colina ro-

deada de espesura y resulta, por tanto, muy difícil el acceso. Equidista del Tajo y del Eljas, y aunque en la antigüedad estaba defendida por muros y torres, han ido desapareciendo y en los últimos siglos se han convertido en ruinas, quedando reducidas las defensas a las que ofrecen los ríos que la rodean.

Después, 15 kilómetros hacia el norte, está el lugar de Segura, cercado de muros y con un regular castillo que mandara construir D. Dionís. En su término hay una espaciosa dehesa, un magnífico encinar, teatro de varias escaramuzas, llamado Montenuovo, y un puente sobre el Eljas, del cual pertenece una mitad a España y la otra a Portugal (1).

Continuando por la divisoria fronteriza, pasado Segura, se alcanza la plaza fuerte de Salvatierra, y entre una y otra, un poco más hacia el oeste, hacia el interior, la villa de Zibreira, situada en lugar llano, en la margen del río que le da nombre; tiene un fuertecillo, de escaso valor militar, que mandó edificar el Monarca Juan IV a poco de su exaltación al trono, y por la parte de poniente corre el río Toulliza, que vierte sus aguas en el Eljas.

Salvatierra do Extremo, llamada así por estar al extremo o raya de Portugal, es plaza fuerte de alguna importancia. Ocupa lugar ventajoso junto a la ribera y tiene un magnífico y bien conservado castillo, obra asimismo del trovador D. Dionís, que tanto empeño puso en fortificar la frontera (2).

(1) El puente sobre el Eljas, que permite la comunicación entre los pueblos de Segura y Piedras Albas, es ciertamente la mitad portugués y la otra mitad español. Hasta el pasado siglo nuestra parte tenía barandal y la portuguesa no.—*N. del A.*

(2) En la misma frontera hay un lugar llamado Monfortiño, que tiene 25 o 30 vecinos y su correspondiente iglesia parroquial, anejo a Salvatierra. Se trata de un pueblecito alegre y pintoresco, de clima muy agradable, estratégicamente situado en las estribaciones de la sierra de la Garduña, que se extiende por la orilla de la ribera hasta llegar al Tajo, formando la barrera de protección de esta región portuguesa. La campiña de Monfortiño es muy amena, con ricas y abundantes huertas, en la que se cultivan hortalizas y árboles de frutos muy exquisitos, sobre todo de espino. Cerca está un balneario de pocas pretensiones, pero de aguas medicinales muy apreciadas por los habitantes de los pueblos comarcanos, tanto españoles como lusos, llamado «Fuente Santa». *N. del A.*

Sigue a continuación, siempre en dirección norte, la plaza de Peña García, con fuerte y bien acondicionado castillo, empotrado sobre enorme peñasco, muy útil para la defensa; está a 7 kilómetros aproximadamente de la frontera. A la misma distancia del Eljas, siguiendo contra corriente, se halla Monsanto, que es, sin duda alguna, la más importante y mejor fortificada. Ocupa una posición admirable sobre áspero y elevado monte, poco accesible, pues sólo se puede subir a él, con mucho rodeo, por un camino peñoso y gris. Monsanto está cercada de robustos muros y coronada de un famoso castillo que fundara D. Gualdín de Paes, Maestre de los Templarios.

Refiriéndose a Monsanto, dice Carballo: «que la mayor excelencia que tiene esta villa es que aun cuando se halla situada por la parte por donde se pueden formar los ataques, le quedaría dentro bastante terreno para mantener su vecindario de grano, aceite, vino, hortalizas, fruta, ganado y caza» (1).

Fué considerada Monsanto en todo tiempo como fortaleza inexpugnable, y haciendo referencia a ella, cuando se la mira desde distancia, solían exclamar: «Monsanto, orejas de mulo, el que te gane, ganar puede el mundo»; y es que, en efecto, observado dicho castillo por la parte occidental, aparecen dos de sus torres como si fueran las orejas del referido animal.

Cuatro kilómetros al nordeste de Monsanto, y muy cerca del Torto, arroyo fronterizo, se alza la villa de Peñamacor, sobre roca viva y empinada. De origen árabe, o tal vez romano, el mentado D. Gualdín lo reedificó, ampliando sus fuertes muros y construyendo la torre del homenaje. Año más tarde hizo también importantes reformas en ella el Rey D. Sancho II, y el veleidoso D. Dionís, en 1300, completó y aumentó las defensas de las murallas con torres y barbacanas. Tiene por blasón una espada y una llave (2).

Estas son las plazas fronterizas que más importancia tuvieron durante nuestra contienda con Portugal en el período de tiempo que va desde 1640 a 1668; además fueron útiles otras muchas

(1) *Estado de Portugal en el año 1800*, por José Cornide, en *Memorial Histórico Español*, t. XXVII, pág. 363.

(2) Apéndice.

situadas más al interior del país, como Sabugal, Quadraças, Maimoa, Proença, Aldea Velha, Alcafoes, Monforte, Montalvão y otras varias, sin que podamos dejar de mencionar dos fortalezas que desempeñaron papel extraordinario, a saber: Castelo de Vide, al sur del río Tajo, frente a nuestra Valencia de Alcántara, y Alfayates, 15 o 20 kilómetros al norte de Peñamacor, a una legua de distancia de la frontera y a la altura de nuestros castillos de Payo y Alberguería, ya en la provincia de Salamanca.

La villa de Castelo de Vide, de origen romano, se encuentra a 5 kilómetros de Marvão y la protege un hermoso castillo llamado de San Roque. Es más difícil de conquistar por su situación que por sus fortificaciones. Se ha considerado siempre como el mejor punto de defensa de aquella comarca, e interesa hacer constar que, aunque han sido reedificados su castillo y torre del homenaje en 1289 por D. Dionís, este fuerte no estuvo siempre libre de riesgo, porque existe un montículo que lo domina, al cual se puede llegar, desde Portalegre, por buen camino, sin exponerse a los fuegos de la plaza.

La otra plaza, Alfayates, durante nuestras guerras con Portugal, resultó de mucha utilidad. Población romana, fundada por César Augusto, según una inscripción que se ha conservado en la plaza, su antiguo castillo, en los tiempos en que perteneció a España, se llamaba *castillo de Luna*; pero aquél fué derribado y el Rey D. Manuel mandó edificar el que hoy existe.

Cuando el General Fernando Téllez de Meneses reemplazó a Abrantes y se hizo cargo del mando en la Beira, era Gobernador de Alfayates el célebre Capitán Braz García de Mascareñas (1), que mandó cercar la villa «con 4.680 pies geométricos

(1) Braz García de Mascareñas fué un destacado espadachín que, después de haber estudiado en Coimbra, lució mucho en la carrera de las armas, y al escapar de la prisión donde estaba recluido por haber herido a un fidalgo, se refugió en Madrid.

Embarcó más tarde en busca de aventuras y arribó, después de muchas peripecias, en Andalucía, desde donde partió nuevamente para recorrer varias capitales europeas, hasta recalar en el Brasil a la edad de 28 años.

En América se batió como un valiente y cooperó a la expulsión de los holandeses. De regreso a Portugal, ofreció su brazo y su espada al nuevo Monarca Juan IV, y éste le nombró Gobernador de Alfayates.

Acusado de «ter tratos ocultos com Castela», fué arrojado a un calabozo de

fuera de la vuelta de los balaustres con altura de 25 pies», dejándola en magníficas condiciones de defensa. Las obras fueron dirigidas por el mismo Gobernador en persona, y en las calas que se hicieron encontraron algunas monedas romanas de cobre y plata, dos con la efigie de Sertorio en una cara y en la otra la clásica cierva que era su insignia; también aparecieron en las excavaciones cadenas de hierro para sujetar a los toros y otros objetos de los primeros tiempos.

No nos cansaremos de ponderar la importancia y valor estratégico de Alfayates para las armas lusas. Entre esta ciudad y los castillos de Eljas y Payo se alzan las estribaciones de la sierra llamada Jálama, en cuya prominencia existió siempre «un marco con las armas de Portugal por una parte y las de Castilla por otra» (1), donde coincide la división de los dos reinos mencionados y de cuatro obispados: Lamego, Guarda, Coria y Ciudad Rodrigo, más dos condados, los de Sabugal y Sorelha, el marquesado de Navasfrías y la encomienda de Silheiros. Resultando, por tanto, que juntos y sentados en una mesa dos Reyes, cuatro Obispos, dos Condes, un Marqués y un Comendador, «todos podem ter os pes ê seus distritos» (2).

Próxima a donde se halla la indicada divisoria, hay una panorámica planicie que lleva el nombre de Navemojada, de 3 kilómetros de extensión, donde por doquier y durante todo el año brota el agua sin regateo, formando arroyuelos y alimentando la fresca y abundante hierba que crece en los diseminados trozos de prados y entre los peñascales. De allí nacen también tres ríos: el Turones y el Agueda, que vierten hacia la parte septentrional en busca del Duero, y el tan celebrado Eljas, que corre

Sabugal; pero consiguió hacerse oír y, probada su inocencia, lo repusieron en su cargo.

Murió en 1656 en su casa de Avô (Beira Alta), después de una vida por demás agitada y llena de aventuras. Fué un militar esforzado y un magnífico poeta, siendo acaso la mejor de sus obras el poema en veinte cantos titulado *Viriato trágico*, en honor del héroe del Mons Herminius, que tanto diera que hacer a los romanos.—*N. del A.*

(1) *Successos militares das armas portuguesas em suas fronteiras depois da Real aclamação contra Castela*, pelo Doutor J. Salgado de Araujo, Abade de Pera. Lisboa, 1644, pág. 107.

(2) *Idem, idem, idem.*

hacia el sur, pasando por entre el pueblo que le da nombre y la villa de Valverde del Fresno, incorporándosele después, en los comienzos de su trayecto, los ríos Basadega y Torto hasta alcanzar la frontera con el país vecino, desde cuyo punto, y coincidiendo con ella, discurre hasta desembocar en el río Tajo, entre Alcántara y Rosmaniñal.

Tenemos, pues, una ligera idea de los accidentes orográficos e hidrográficos y de las plazas, villas y aldeas enclavadas en la provincia portuguesa llamada Beira, que sirvieron de escenario a las escaramuzas y episodios bélicos dignos de mención, en que fueron protagonistas lusos y castellanos.

En el lado opuesto, en nuestra franja de tierras fronterizas pertenecientes a la provincia de Cáceres, los lugares fortificados han sido siempre más escasos, y únicamente han tenido valor estratégico, por su bien cimentadas defensas, las villas de Valencia de Alcántara y Alcántara, ya que los torreones y castillos que existían o se levantaron de propósito en Herrera, Piedras Albas, Zarza la Mayor, Ceclavín, Cilleros, Valverde, Eljas, San Martín y Trevejo, por no citar más que algunos, carecían de importancia militar. Y es que en realidad de poco hubiera servido tener estos pueblos mejor fortificados, pues las guerras entre España y Portugal quedaron siempre reducidas a incursiones destinadas a sitiar y abandonar después las pequeñas plazas, y a talar y saquear el territorio fronterizo del enemigo, que, por ser tan extenso, era después muy difícil conservar y defender. Sin embargo, los portugueses, como hemos visto, ante el temor de una penetración de los ejércitos castellanos, que pudieran acercarse hasta la capital del reino, a pesar de disponer en la provincia de la Beira de grandes obstáculos difíciles de superar, como los cauces naturales de sus ríos y las cadenas de sus montañas, hicieron lo posible para reemplazar los antiguos castillos peninsulares de recinto circular, elíptico o poligonal, defendidos por el reducto de seguridad y la elevada muralla desprovista de torres, acondicionada sólo para evitar la escalada, cual sucedía en el siglo XIII; hicieron lo posible, repetimos, por sustituirlos con castillos levantados en terreno rocoso para impedir la mina y la zapa, reforzando sus muros en los siglos siguientes, primero con cubos y torreones y después con baluartes de diversas for-

mas. Esto es lo que hicieron nuestros vecinos, sobre todo en tiempos de D. Dionís: establecer multitud de fuertecillos y acondicionar bien las defensas ya existentes en algunas plazas. Y aunque hoy carecen totalmente de valor estratégico, en los siglos xvii y xviii todavía fueron de bastante utilidad, resultando suficientes en la mayoría de los casos para contener a nuestras tropas, de tal modo, que nunca pudieron hacer pie en la provincia de la Beira, suponiendo serios temores el avance, porque necesariamente habrían de quedar en la retaguardia peligrosos padrastrós dignos de tenerse en cuenta.

Se hace cargo del gobierno
de la Beira el General Abrantes

Desde el primer día que D. Alvaro de Abranches tomó posesión de su cargo tuvo noticias de que los castellanos se proponían penetrar en tierras de Portugal, y como las tentativas y escarceos se dirigían unas veces a la zona de Castel Rodrigo y otras a las de Almeida o Alfayates, acudía presuroso en persona a uno u otro lugar para pulsar la situación y enfocar y dirigir los acontecimientos, tomando las medidas pertinentes a cada caso. A veces, y ante la imposibilidad material de poder acudir a todas partes, delegaba en sus Capitanes.

Durante algunos meses estuvieron inactivas las armas de uno y otro lado de la frontera, hasta que en el pueblo de Navasfrías ocurrió un episodio pintoresco, no exento de interés, y que fué como el primer disparo que puso en connoción a los otros lugares y villas de la comarca.

Navasfrías, como indica su propio nombre, es un pueblecito de clima fresco y agradable, muy a propósito para recogerse en él durante los rigores del verano y reposar bajo la sombra de su abundante arbolado; por ello no es de extrañar que con alguna frecuencia los señores de la región procuraran descansar y pasar allí los calores más fuertes del estío.

Antes de Agosto del año 1641, se le ocurrió bajar a Navasfrías, con el fin indicado, a D. Tomás de Oria, hijo del Duque de Turs, a la sazón Rector de la Universidad de Salamanca, y tenía por costumbre el referido prócer madrugar mucho y dedicar a la caza las primeras horas de la mañana.

Navasfrías dista poco más de 15 kilómetros de la villa portuguesa de Alfayates, y en una de las excursiones cinegéticas que tanto entretenían e interesaban al caballero salmantino, penetró hasta la divisoria fronteriza con el país vecino y sorprendió a un confiado portugués que, ajeno a las discordias existentes, se dedicaba a regar las plantaciones de su huerta. Sin que existiese razón aparente, el Sr. de Oria mandó a sus criados que lo prendieran, y lejos de atender las súplicas y protestas del infeliz campesino, descalzo y medio desnudo como se encontraba, fué llevado a la fuerza a Navasfrías, donde lo metieron en la cárcel, sometiéndolo a un riguroso y sañudo interrogatorio.

Noticioso de estos hechos el Gobernador de Alfayates, don Braz García de Mascareñas, dió cuenta a su General, que residía en Sabugal, pidiéndole autorización para rescatar al labriego y apresar a su vez a D. Tomás y su servidumbre. Abrantes accedió a su ruego y le permitió saldar el agravio, pero con la condición expresa de que no saquearían el pueblo ni producirían daños en las personas ni en las cosas.

El día 23 de Agosto, víspera de San Bartolomé, a las nueve de la mañana, sin dar cuenta a nadie de sus intenciones, D. Braz salió de Alfayates, con el mayor sigilo, capitaneando un grupo de 300 infantes escogidos, y tomando la ruta de Aldea Velha y Aldea do Bispo cruzó la frontera y se encaminó a Navasfrías; al llegar a las eras de este lugar, mandó hacer alto y destacó un pelotón de 30 mosqueteros para que, a las órdenes del Alférez Simón Nunes Tigre, cercaran la casa donde residía el autor de lo que ellos consideraban terrible afrenta, mientras que él, con el resto de la fuerza, marchaba sobre la villa, que estaba descuidada y ajena al peligro que se avecinaba.

Al penetrar los portugueses en las calles, se produjo la consiguiente alarma; pero el Capitán se limitó a detener a los que salían a su paso, prometiendo no causarles daño si se sometían sin ofrecer resistencia, viéndose obligado, en caso contrario, a incendiar el pueblo y tomar toda clase de represalias; ello permitió que los vecinos, alborotados y temerosos en un principio, se refugiaran en sus casas y esperaran el desarrollo de los acontecimientos.

Entre tanto D. Tomás de Oria, sorprendido por la alarma

producida cuando en su domicilio, y estando muy ligero de ropa, acababa de castigar a uno de sus servidores, presintiendo el peligro y sin acabar de vestirse, saltó por una ventana y emprendió la huída a través del campo, sin reparar en obstáculos ni preocuparse por lo que dejaba a sus espaldas. Sorteó, no sin dificultad, algunos pistoletazos, y aunque fué herido levemente en la mejilla, consiguió ponerse fuera del alcance de sus enemigos y meterse jadeante entre la espesura de unos arbustos; allí descansó unos instantes para con nuevos bríos correr nuevamente hasta el convento de franciscanos, de San Martín de Trevejo, a cuyos religiosos pidió auxilio y protección.

La fuga del mencionado caballero no acobardó a sus criados, sino que, por el contrario, se hicieron fuertes en la casa donde estaban y se aprestaron a resistir, utilizando las escopetas de caza. Hicieron desde dentro varias descargas sobre los asaltantes e hirieron a cinco de ellos; pero en vez de desanimarse por esta contrariedad los lusos, echaron abajo con una palanqueta la pesada puerta del corralón e intentaron hacer lo mismo con la que cerraba la entrada principal, y al ver que resultaba fallido su intento y que no cesaban de acosarlos a balazos, mandó el de Mascareñas que prendieran fuego al edificio. Las llamas se propagaron rápidamente y amenazaban reducir a cenizas todo el inmueble, lo que obligó a los sitiados a sacar bandera blanca por uno de los balcones y pedir cuartel, rindiéndose a discreción para evitar mayores males.

El Alférez Tigre, haciendo honor a su apellido y sin temer las devastadoras llamas, se precipitó al interior de la casa, recorriendo codicioso las habitaciones y preguntando a todos quién era D. Tomás. Al decirle que había conseguido escapar, receló de un posible engaño, y, en previsión de ello, apresó a todos y los condujo a una de las salas; allí les pasó revista detenidamente, y como confundiera a uno de los presos con el que buscaba, dispuso que lo llevaran enseguida a presencia del Capitán; pero el prisionero, a pesar de que «por tres veces lle pos a espada na garganta pera que o declarase», se negó a hablar y no dijo más que él era ciertamente caballero muy principal, pero que no añadiría una palabra, aunque lo matasen.

Efectivamente, se trataba de D. César Lencabechía, pariente

muy próximo del Duque de Turs, que había acompañado a su hijo para pasar con él las vacaciones.

Disgustó mucho a D. Braz la insolencia y manera de responder de D. César y ordenó que lo llevaran a lugar seguro, en tanto que se ultimaban los detalles y se resolvía lo que procediera en relación con aquel asunto.

Se hizo al efecto un registro minucioso en la casa y maniataron a cuatro de los hombres que en ella encontraron, porque su estatura y demás circunstancias personales coincidían, al menos en parte, con las señas y referencias que tenían los portugueses del hijo del Duque.

Aunque encontraron vajilla de plata, caballos y otras muchas cosas de precio, hubieron de respetarlo y dejarlo todo en su sitio de momento, por así haberlo ordenado el General; pero acatar tal determinación fué una gran violencia para Mascareñas, quien, al no poder saquear y destruir el pueblo, ordenó se pisara la plata y se estropearan algunas otras cosas de valor y utilidad. Este hecho fué duramente criticado, porque producir estos daños a nada conducía; pero el referido Capitán, sin duda, no lo creyó así.

Y en contradicción a este gesto, mandó echar un pregón por el pueblo diciendo que acudieran a él cuantos vecinos se creyesen perjudicados o hubiesen sido robados por algún soldado suyo; mas, como es consiguiente, nadie se presentó ni hizo reclamación alguna. Lo que deseaban todos era que marchasen los intrusos y los dejaran en paz.

Los acontecimientos de Navasfrías dieron mucho que hablar en toda la comarca y extrañó sobre todo la fuerza de voluntad de Mascareñas impidiendo que destruyeran y saquearan la villa. Ello induce a creer de buena fe que su único propósito era apresar a D. Tomás de Oria para imponerle una sanción ejemplar, en proporción a las molestias y daños que hubiera causado al hortelano portugués.

Acto seguido fueron puestos en libertad algunos portugueses, mercaderes la mayor parte, que se encontraban en la cárcel de Navasfrías, y lo fueron también los criados de D. Tomás y los demás vecinos.

El Capitán Braz y sus hombres regresaron a Alfayates, lle-

vando en rehenes únicamente al altivo D. César, quien durante el trayecto ofreció a sus guardianes 10.000 cruzados si lo dejaban libre; pero no logró sobornarlos y fué trasladado a Lisboa. Desde esta capital consiguió volver a Castilla pocos meses más tarde, sin pagar cantidad alguna por su rescate, ya que en verdad nada había hecho importante ni grave, ni se trataba de personaje peligroso por su cargo o posición social.

A raíz de este pintoresco episodio, grupos de vecinos de los pueblos situados en las proximidades de Jálama cruzaron la frontera en dirección a Alfayates y llegaron a Aldea do Ponte, una legua de dicha ciudad, donde se apoderaron de una presa de más de 500 cabezas de ganado. Salióles al encuentro el Teniente de la compañía de caballos de D. Diego Tovar, Simón Oliveira da Gama, que estaba de guarnición en la referida aldea, y consiguió entretener a los nuestros hasta que llegó Mascareñas desde Alfayates con un socorro de 600 hombres; pero todo fué inútil, porque los castellanos confiaron el ganado robado a su infantería para que lo trasladara a lugar seguro, en tanto que la gente de a caballo escaramuceaba y bregaba con el enemigo, consiguiendo ganarles la partida.

Resentido Mascareñas por el fracaso y visto que no le era posible hacer otra cosa, profundamente afectado y hasta irritado por el funesto contratiempo, resolvió caer por sorpresa con los suyos sobre el pueblecito de la Genestrosa (1); mas hubo de desistir de su intento, porque una furiosa tempestad le salió al paso y azotó fuertemente sus huestes, obligándolas a regresar al punto de partida, después de sufrir muchas peripecias y fatigas, caminando por el fango bajo una lluvia torrencial.

El catastrófico resultado de esta expedición disgustó vivamente al General y le decidió a tomar represalias. Para ello ordenó a D. Braz que escogiera un lucido grupo de soldados y llevara a efecto una riza por las tierras fronterizas de Castilla.

(1) La Genestrosa era un pequeño lugar anejo a Alberguería de Argañán (Salamanca), entre Fuenteguinaldo, Casillas de Flores, Navasfrías, Payo y la raya de Portugal. Perteneció desde siempre a la encomienda de Eljas y Salvaleón y fué destruído casi totalmente durante las guerras de sucesión, al extremo de quedar reducido a un pequeño caserío, que es lo que en la actualidad existe en la magnífica dehesa de robles que lleva aquel nombre.—*N. del A.*

Cuando tres días después se disponía dicho Capitán a cumplir las órdenes del mando, estando en Aldea do Ponte se vió sorprendido por la llegada de un mayoral que traía todo el ganado requisado días antes, y al hacer entrega de él, conforme a lo dispuesto por el Gobernador de las armas en Fuenteguiñaldo, que obraba así por indicación del Sr. Duque de Alba, Capitán General de aquella zona con residencia en Ciudad Rodrigo, agregó que se hiciese el recuento, pues si faltaba alguna cabeza de las que se habían llevado traía orden de abonar su importe. Resultó que, efectivamente, faltaban tres, y en el acto se pagó el valor de las mismas.

Ante el noble comportamiento de los nuestros, dispuso Abrantes se comunicara a todas las plazas y puntos fronterizos que en lo sucesivo se abstuvieran de penetrar en territorio enemigo y de causar daños; circulando asimismo la noticia de que si fuere robado ganado o alguna otra cosa, se le hiciera saber a él directamente, en la seguridad de que serían resarcidos los perjudicados con la devolución de lo quitado, o en su defecto, indemnizados debidamente.

Pero, por desgracia, este estado de cosas no duró mucho tiempo y pronto empezaron a hacer entradas, correrías y saqueos los bandos de una y otra parte, especialmente por la comarca de Ciudad Rodrigo.

Y visto el rumbo que tomaban los acontecimientos, el General Abrantes, previsor y capacitado para el desempeño de su cargo, después de haber trazado un conveniente plan de campaña, confió a Mascareñas la delicada misión de escoger y adiestrar a algunos de sus hombres para que, con apariencia de mercaderes o adictos al Rey D. Felipe, pasaran al campo enemigo y espieran cuanto pudiera interesar, comisionando asimismo a dicho Capitán para que él en persona, y disfrazado, se encargara de reconocer los castillos de Eljas, Payo y Alberguería, levantando los correspondientes planos de dichos fuertes y tomando buena nota de la tropa que los guarnecía y del estado de sus defensas.

Llegó a constituir una obsesión para Abrantes la vigilancia y seguridad de la demarcación cuya defensa le estaba confiada, y, por tal motivo, estableció una extensa red de espionaje alrede-

dor de Ciudad Rodrigo y amplió, mejoró y levantó nuevas fortificaciones por toda la frontera, sometiendo a sus tropas a un duro y constante entrenamiento.

Durante el otoño de 1641 recibió dicho General octavillas y proclamas que le enviaron desde Lisboa, en las que se prometía mucho a los castellanos que se pasaran a la obediencia del de Braganza, entre otras cosas la exención de tributos; pero el texto de las mismas resultó ineficaz, impopular y fué tomado a chirigota en nuestro país, siendo justo reconocer que los enlaces y hombres de acción de Abrantes fueron lo suficientemente hábiles para colocar, con todo sigilo y sin ser sorprendidos, estos a modo de pasquines en las fachadas de los edificios y en las plazas públicas de Coria, Alcántara, Ceclavín, Zarza y otras villas y aldeas, aunque nada práctico consiguieran con ello. Unicamente en Coria debió influir algo la propaganda portuguesa, según se desprende del texto de una loa escrita pocos años después por D. José Alvarez de Jaque (1), natural de dicha ciudad.

Por entonces fué herido de una coz de caballo el referido General y se vió obligado a regresar a Lisboa, para atender a su curación, el día 9 de Noviembre del expresado año, después de haber ejercido el cargo de Gobernador de la Beira durante once meses y cuatro días.

(1) El Lic. D. Joseph Alvarez de Jaque y Manzanedo, vecino y natural de la ciudad de Coria, «con ocasión de las fiestas por la boda de nuestra Señora», compuso una *loa* en el año 1652, de la cual obra una copia en nuestro poder. Uno de los versos dice así:

Esto propio le sucede a Coria,
que al mismo paso
que está consiguiendo un triunfo,
está el mundo publicando
una mancha que la infama,
pues se da por asentado
que envió a llamar al Rebelde
para entregarse por trato.

Este trozo y otros versos tan malos como el presente, contenidos en la loa de Alvarez de Jaque, parecen dar a entender que hubo galanteos por parte de los corianos hacia los partidarios del de Braganza; pero bien pudiera ser que la *vox populi* no pasara de ser una vil calumnia.—*N. del A.*

Sucedió a Abrantes el Teniente General de caballería don Juan de Saldaña de Sousa, experto y prestigioso militar, educado en la escuela de su antecesor, a quien procuró imitar en todo, dedicando especial atención a mejorar y levantar nuevas fortificaciones y a incrementar la red de enlaces y espías, asignándoles un decoroso sueldo y consiguiendo con ello tener incondicionales en nuestros castillos y plazas, los cuales remitían informe todas las semanas dando cuenta de las novedades.

Ligeras escaramuzas

Según carta del Contador de Alcántara, D. Pedro Gil de la Cofera (1), a principios del año 1642 todos los lugares de la frontera próximos a dicha villa estaban en alarma permanente, si bien los alcantarinos permanecían más confiados, porque pocos meses antes habían fortificado concienzudamente las orillas del Tajo y disponían de abundantes pertrechos de armas y municiones traídos desde Badajoz; mas ello no impedía que los habitantes de los pueblos comarcanos estuvieran siempre sobre aviso, dado que los portugueses, insolentes y atrevidos, daban golpes de mano con harta frecuencia, apresando ganados y cuanto encontraban a su paso, llegando en ocasiones a infiltrarse en zonas que podían significar para aquellos osados un serio peligro.

El mencionado y probo funcionario de Alcántara da fe de este estado de alarma y peligro constante y señala las novedades acaecidas en la jurisdicción de Alburquerque, indicando que el *lunes santo* penetra por aquella parte un grupo de lusitanos, internándose hasta la encomienda de Azagala, y que robaron buena presa de ganado mayor, sin que pudieran evitarlo los habitantes del lugar, que en mala hora pretendieron hacerles frente. Los de Alburquerque no intentaron cortarles la retirada, porque era muy crecido el contingente de tropas enemigas.

De este hecho se dió cuenta al Gobernador de Badajoz, don Juan de Garay, que se afectó mucho con la noticia y prometió resarcirse de los daños, asegurando «que las pagarían dobladas».

(1) Manuscrito núm. 2.374, pág. 623, de la B. N.

Tanteos en Sierra de Gata

Gobernaba entonces la frontera de Portugal, por la parte que mira hacia Sierra de Gata, el General portugués D. Francisco Téllez de Meneses, y era Maestre de Campo D. Sancho Manuel, del hábito de San Juan. Don Sancho, experto y hábil para las cosas de la guerra, consiguió alistar muchos voluntarios, que acudían gozosos y confiados a su llamamiento, pero casi todos gente inexperta, poco fogueados y que desconocían en absoluto la disciplina y las artes de la guerra. No obstante lo cual, al día siguiente de aquel en que habían llegado los lusos a la mencionada encomienda, o sea el *martes santo*, aprestó D. Sancho 200 hombres y cayeron sobre Valverde del Fresno (entonces Valverde de la Sierra), apenas apuntaba el alba.

Era a la sazón Valverde lugar abierto y el pequeño, aunque bien acondicionado fuerte destinado a su defensa, estaba sin guarnición.

La columna de enemigos, en la que figuraban algunos franceses, la mandaba el propio Téllez, Sancho Manuel y el Sargento mayor Pedro de Vide, y cogió desprevenido el lugar, porque los valverdeños creían que no interesaría a los portugueses el dominio de aquellas tierras, y máxime cuando ya tenían recogida la cosecha de aceite, habiendo llegado por tal motivo a confiarse más de lo que aconsejaban las circunstancias. Pero, a pesar de ello, los vecinos, «armados de malos arcabuces» y de cuanto encontraron a mano, salieron a hacer frente a los asaltantes y sostuvieron con ellos dura pelea, hasta que fueron arrollados y se vieron precisados a huir, permitiéndoseles que saquearan el pueblo y se llevaran cuanto de valor había en él, sobre todo ricos lienzos, ropas de todas clases y víveres abundantes: tocino, aceite y vino, más 300 fanegas de trigo que encontraron en el Pósito, ascendiendo el producto de la rapiña a 1.600 ducados aproximadamente. Cargaron todo este botín en varias caballerías y enviaron la recua a Portugal, en tanto que el resto de las fuerzas invasoras se encaminaba al vecino pueblo de Eljas, encomienda de Alcántara.

Los portugueses dieron muerte a siete hombres de Valverde y llevaron consigo cuatro mujeres.

El lugar de Eljas tenía «un castillo razonable», del cual se ha conservado hasta nuestros días su interesante torre del homenaje, la hermosa explanada que fué su plaza de armas, trozos del recinto amurallado y una curiosa torre redonda de fábrica muy original, que se destina a campanario de la iglesia, habiéndosele adosado una espadaña.

Por aquella fecha no había en el castillo más que seis soldados y un Alférez, que fueron sorprendidos y, con engaño, entregaron el fuerte a los rebeldes lusos; éstos, después de apoderarse de 400 fanegas de trigo y 150 de cebada que había en la Casa-Pósito, saquearon las viviendas y se apoderaron de ropas, de una gran cantidad de alhajas y de todo cuanto representaba alguna utilidad. Inmediatamente se metieron en el castillo, con todo el botín que habían robado, y dentro del recinto improvisaron dos molinos de mano para obtener harina y dos hornos para cocer el pan, encargando de estos menesteres a las cuatro mujeres de Valverde que tenían en rehenes. Después de tenerlo todo bien prevenido y dispuesto, dejaron de guarnición 300 hombres, soldados viejos y duchos en lides guerreras, y con toda su impedimenta se volvieron a Portugal (1).

Gran consternación causó en toda la comarca la pérdida del castillo de Eljas, asentado sobre punto estratégico y de reconocida utilidad; poseerlo suponía poder disponer de una magnífica avanzadilla muy adecuada para ulteriores operaciones.

Sin pérdida de tiempo se dió cuenta de aquel lamentable incidente a D. Juan de Garay y al Duque de Alba. Este último, el día 7 de Noviembre del año anterior (1641), había sido nombrado por S. M. Capitán General de la frontera de Portugal, fijando su residencia en Ciudad Rodrigo, y se apresuró a enviar una columna integrada exclusivamente por tropas de caballería, poniendo al frente de ella a uno de sus Maestres de Campo, con la misión de reconocer las villas y lugares de Sierra de Gata y adentrarse en Portugal para tantear las defensas de aquella frontera.

(1) Véase el cit. ms., págs. 625 y siguientes.

A las fuerzas que enviara el Duque se unió mucha gente de toda la Transierra, siendo superior a 2.000 la cifra de hombres que acudieron voluntarios para cercar y combatir a los portugueses que se habían hecho dueños del referido castillo. También D. Juan de Garay envió refuerzos, los cuales, pasando por Alcántara, Zarza y Cilleros, se dirigieron al frente de Eljas para cooperar a su rescate.

El alcantarino que nos ha legado estas interesantes noticias (1) debía ser persona bien informada, que desde su atalaya junto al puente que edificara Lacer captaba todas las novedades y conocía perfectamente el desarrollo de los acontecimientos. Y al llegar a este punto agrega que por aquellos días estaba bien fortificada y abastecida la villa de Alcántara, porque habían recibido gran cantidad de cebada para los caballos por gestión directa del de Alba. Haciendo constar a continuación que el Duque tenía infantería con exceso para defender la frontera y en cualquier momento podría disponer de 5.000 hombres y algunas unidades de artillería, con parte de cuyas fuerzas, según él había llegado a saber, acudía por aquellos días para rescatar el castillo de Eljas.

En tanto que se concentraban estas fuerzas de socorro, los 300 portugueses refugiados en el mencionado fuerte empezaron a escasear el agua y su situación se iba haciendo insegura y difícil. Un día salieron del recinto fortificado 12 hombres para abastecerse del precioso líquido y murieron seis en la arriesgada empresa, «porque los nuestros están con mucha ventaja y se espera que de ésta saldrá bien, si Dios no permite otra cosa por nuestros pecados (2). Mas los portugueses, en lugar de desfallecer, rabiosos por el descalabro, lo apretado del cerco y presintiendo que al fin serían desalojados y arrollados por los castellanos, salieron una noche de su refugio y prendieron fuego a las casas de alrededor, produciendo grandes daños, ya que los edificios fueron destruídos en gran parte por el incendio.

Por aquellos días Téllez de Meneses había reunido un ejército de 5.000 hombres, concentrándolo en la ribera del río Tordo, a dos leguas de Valverde y otras dos de Peñamacor; pero parece

(1) El referido Gil de la Cofera.

(2) Idem, idem.

ser que estas milicias eran en su mayoría pastores y gente desarmada, poco dispuestos a pelear por ser naturales de los pueblos situados en las márgenes del río Eljas y, por consiguiente, conocían a los de Valverde, Cilleros y demás pueblos del contorno, con los cuales se relacionaban desde siempre, y por tanto, poco se podía esperar de aquellos milicianos, reclutados principalmente «para hacer cuerpo y meter bulla».

Reconociendo el General Téllez que sería de poco provecho utilizar aquellas fuerzas carentes de moral y disciplina, avisó a su lugarteniente Sancho Manuel, que estaba en Eljas disponiendo su defensa, y le ordenó que dismantelara la fortaleza y se reintegrara con sus hombres al grueso del ejército, que estaba concentrado junto a Valverde. Cumplimentó D. Sancho Manuel la orden recibida y, a ña de caballo, abandonaron Eljas; pero fueron atacados y diezmados por las tropas del Duque, que no dejaron de perseguirlos hasta el interior de Portugal, según se desprende de la comunicación que el Capitán General de la frontera envió a S. M. con fecha 16 de Mayo, en relación con la operación de guerra que detallaremos en páginas sucesivas.

Al mismo tiempo que los portugueses recibían duro castigo por su aventurada incursión en los lugares de Sierra de Gata, don Juan de Garay cumplía la palabra que diera a los vecinos de Albuquerque, porque habiendo osado penetrar nuevamente por aquella comarca una partida de rebeldes, salió a su encuentro y le causó sensibles pérdidas: 60 muertos y 80 prisioneros. Este escarmiento satisfizo a los que clamaban venganza y elevó la moral de los descontentos y faltos de energía para contrarrestar los atrevidos golpes de mano que con tanta frecuencia prodigaban los partidarios de la Casa de Braganza.

No es de extrañar el éxito de nuestras armas en dicha empresa, por ser el de Garay caudillo muy respetado y querido por sus subordinados y disfrutar de un bien cimentado y sólido prestigio.

Después de relatar estos hechos, el comunicante alcantarino vuelve a insistir en que la villa estaba bien protegida, porque se habían reparado las fortificaciones, por la extraordinaria ventaja del puente romano y la defensa natural que constituía el río Tajo, añadiendo que habían enviado un cargamento de mosquetes

desde Badajoz, por si las huestes del portugués pretendían adentrarse por aquellos lugares, lo cual, a su juicio, sería gran temeridad y constituiría un fracaso rotundo, ya que los no combatientes de la villa y su comarca podrían refugiarse en el convento de San Benito, harto capaz para todos y muy fuerte, mientras las fuerzas aptas para la guerra los atacarían con éxito indudable hasta que acudían las fuerzas de socorro que habían ofrecido para cualquier momento grave los lugares comarcanos, como Garrovillas, donde residía el Duque, dispuesto en todo momento para ir con la gente que tenía preparada a defender plaza tan importante y estratégica como Alcántara.

Pérdida y reconquista del castillo de Eljas

Mientras se desarrollaban los episodios que dejamos referidos no permanecían inactivas las fuerzas invasoras en otras zonas de la frontera, unas veces haciendo tanteos y en ocasiones llevando a cabo verdaderas rizas de consecuencias lamentables.

Coincidiendo con el asedio del castillo de Eljas y para reforzar las huestes que los portugueses habían concentrado en las orillas del Torto, partió de Salvatierra, lugar enclavado allende la frontera, rente a la misma, y a la altura de Zarza la Mayor, un grupo de 100 hombres, reclutados, como siempre, poco menos que a la fuerza y con el ánimo poco dispuesto para el combate. Llegaron a Zarza y se dispusieron a saquearla; mas el *vigario* de los rebeldes, bien porque estimara que era escaso el número de soldados de que disponían, porque se diera cuenta que la moral de los suyos no era muy alta o porque estimaran que robar a los zarceños y entretenerse en escaramuzas poco resolvía, el caso es que habló con su General y decidieron pasar de largo.

Nosotros nos inclinamos a suponer que en aquella ocasión no atacaron los portugueses, porque enfrentarse con gente tan arriscada y de valor reconocido como los vecinos de Zarza, acreditados ya en cuantos episodios bélicos habían tomado parte, suponía un serio peligro.

Como quiera que ello fuere, resultó que los portugueses abandonaron su proyecto y siguieron hacia Valverde, recogiendo

a su paso cuantos hombres útiles encontraban, a fin de incrementar el ejército de Téllez de Meneses y acudir en socorro de los 300 hombres que, como sabemos, estaban cercados en Eljas por las tropas del Duque de Alba.

No tardaron los zarceños en pagar con buena moneda el favor que les hiciera el *vigario*, pues a los pocos días el Maestro de Campo que enviaba D. Juan de Garay pasó por Zarza, al frente de un escuadrón de excelentes jinetes, camino de Eljas, y estando en dicho lugar se enteró que en el castillo de Salvatierra había muchas mercaderías y bastimentos. Atraído por la noticia, decidió acercarse a dicha villa portuguesa con ánimo de saquearla y apoderarse del botín; pero los vecinos de Zarza suplicaron que no lo hicieran, alegando la conveniencia de evitar que en lo sucesivo, dada la proximidad de uno y otro pueblo, habitados respectivamente por portugueses y extremeños, vivieran en continuo sobresalto y expuestos a constantes embestidas. Tan convincentes y poderosos debieron ser los razonamientos, que el referido Maestro desistió de su intento y siguió con dirección a Cilleros.

Por aquellos días salieron de Alcántara tropas de refresco para relevar a las de Eljas y otro grupo para reforzar la guarnición de Zarza; pero a este último pueblo no fué preciso enviar mucha gente, dado que sus habitantes habían mejorado las defensas y disponían, como se ha dicho, de una compañía «de gente moza toda» que estaban perfectamente atrincherados.

Hemos señalado que D. Juan de Garay se apresuró a enviar tropas bien entrenadas para reforzar en Eljas los contingentes que había enviado el de Alba y para formar un respetable ejército, con el fin de hacer frente al que el General Téllez había concentrado no lejos de Valverde. Efectivamente, el Gobernador Garay dispuso que sin pérdida de tiempo el Maestro de Campo D. Guillermo de Burgo partiese desde Alburquerque y, después de «tomar lenguas» y de cerciorarse del estado de defensa en que quedaba Alcántara y demás plazas fronterizas, acudiese a deshacer al enemigo y oponerse a sus intereses en la estratégica zona de Sierra de Gata.

Salió el Maestro con tres compañías de caballos, capitaneadas por D. Gabriel de Saavedra, D. Juan de Santos, D. Juan de

Carbajal y Sande, D. Guillermo de Vera y un Teniente que mandaba la compañía del Gobernador General. Llegó a Alcántara y allí se le incorporó el Capitán D. Francisco de Albierto con su compañía de corazas. En dicha plaza tuvo conocimiento de que la gente del Duque de Alba había ocupado un punto estratégico frente a la puerta del castillo de Eljas, poniendo en grave aprieto a los 300 hombres que D. Sancho Manuel tenía en él, hasta el punto de que, si los sitiados no recibían socorro en breve plazo, se verían obligados a rendirse por falta de agua, como ya dejamos consignado. Animado por esta noticia el Maestre, deseando evitar el posible auxilio a los portugueses cercados, avanzó hacia Zarza y en este lugar dispuso que D. Felipe de Villarte, Capitán de la compañía de naturales que guarnecía dicha plaza, eligiera 60 o 70 de sus mejores hombres y se incorporara a sus fuerzas bajo el mando del Alférez zarceño D. Benito González.

Desde allí pasó a Cilleros con la misión de reconocer el terreno y evitar una posible sorpresa, y ordenó que un grupo volante de la compañía que guarnecía dicho pueblo, a las órdenes del Capitán Villarte, saliera de descubierta.

Estando en Cilleros, D. Guillermo de Burgo se enteró que el enemigo había socorrido la plaza de Eljas, consiguiendo meter gran cantidad de municiones y víveres, después de obligar a la gente del Duque a retirarse hasta San Martín de Trevejo.

En San Martín se encontraba por entonces el Maestre de Campo D. Nicolás Arnalte con 500 infantes y la gente de la villa, que se preocupaba más de recoger su hacienda que de los intereses de S. M.

Aquella misma noche llegó un correo de Villamiel dando cuenta del grave aprieto en que se encontraba el lugar y pidiendo a D. Guillermo el envío de socorros. El Maestre no se decidió a sacar en aquella hora a sus tropas, porque estaban muy fatigadas después de dos días de marcha; permitióles descansar y partió él para Villamiel, dejando dispuesto que al despuntar el alba emprendieran la marcha y lo siguieran.

Ejecutóse lo ordenado con toda diligencia, y una vez llegados al referido pueblo tomaron el rancho y, después de refrescar, avanzaron hacia San Martín, donde Arnalte temía un ataque

inminente del enemigo, que a marcha forzada se encaminaba hacia dicho pueblo.

Llegó el irlandés al frente de un grupo de caballos y con la infantería desplegada, en plan de campaña. En el camino recogió a cuantos hombres iba encontrando, con armas o sin ellas, pues el caso era aparentar un socorro muy numeroso.

Una vez en San Martín y de completo acuerdo ambos Maestres, D. Guillermo de Burgo con su gente ocupó una eminencia del terreno por la parte oeste del pueblo, en la dirección que traía el enemigo. Distribuyó sus fuerzas de a caballo en dos hileras, haciéndolo con tal arte que los portugueses no pudieran penetrar en profundidad.

La infantería y paisanos ocuparon varios puntos estratégicos, y el ejército así colocado, pronto para contener y atacar a los invasores, era un alarde de táctica militar, dando la impresión de que estaban preparados más de 1.600 hombres. Así lo creyó el General portugués y así se lo manifestó a los frailes del convento de San Francisco, donde estuvo alojado todo el tiempo que duró la batalla.

Está San Martín de Trevejo situado en un valle rodeado de montes y asperezas por la parte de Castilla; mas por el lado que mira a Portugal tiene fácil acceso, por continuarse por allí la amplia hondonada.

Avanzaba el enemigo cauto, con sus fuerzas en perfecto orden divididas en cuatro grupos a propósito para atacar la plaza por todas partes. Y aunque circuló el rumor de que el número de atacantes alcanzaba la cifra de 3.000 infantes y 300 caballos, en realidad el contingente de tropas rebeldes era más reducido.

Un escuadrón se situó en la parte de San Francisco y otro se distanció bastante hacia el camino de Fuenteguinaldo, hacia el puerto, ocupando los puntos por donde podían bajar las fuerzas del Duque de Alba, que se esperaban de un momento a otro, y los dos escuadrones restantes se prepararon para ocupar la plaza, pero hicieron alto al llegar al valle, no atreviéndose a seguir avanzando, porque tenían que atravesar nuestras tropas, tan hábilmente dispuestas que intimidaron al adversario, llegando a suponer que eran muchas y poderosas las parapetadas en el cerro y demás puntos de apoyo. Lamentable error de los por-

tugueses, porque en realidad los nuestros eran pocos y débiles y hubieran cedido al primer empuje, desalojando las posiciones que ocupaban.

Así las cosas, sacaron «las mangas de mosquetería» que tenían en San Francisco y en el camino de Fuenteguinaldo, y, después de hacer dos descargas con sus pequeñas piezas de artillería, atacaron fuerte y avanzaron hasta llegar a las primeras casas del pueblo, prendiéndoles fuego y derribando algunas con palanquetas y otros instrumentos.

La infantería encargada de defender el recinto acudió a la brecha con gran arrojo y, atrincherándose entre los derribos, rechazó a los asaltantes, causándoles numerosas bajas entre muertos y heridos.

Don Guillermo de Burgo, viendo que el enemigo se rehacía y embestía nuevamente, ordenó que 40 mosqueteros de los que ocupaban el altozano a la entrada del valle trabaran escaramuza con el batallón portugués que estaba en el convento, consiguiendo distraerlo y dando a entender a los suyos que si se volvían para atacar a los que peleaban en los arrabales del pueblo, él saldría inmediatamente para socorrerlos.

La mosquetería ejecutó la orden recibida con tal acierto y coraje, que provocó el desorden entre las huestes enemigas y las obligó a huir, pudiendo haberles infligido un serio descalabro si los nuestros hubieran dispuesto de municiones abundantes; mas a pesar de sus escasos medios mataron a muchos, entre ellos al Sargento mayor.

Rechazado el enemigo y en extremo fatigado, después de una dura batalla que duró tres horas, desistió por el momento de acometer nuevamente la plaza; pero no tardó en juntar la gente de los dos escuadrones, y dispuso que la caballería, protegida y medio oculta por los olivares que rodean la villa, avanzara y volviera a atacar por la parte que lo había hecho antes y por el sitio donde estaba la iglesia vieja.

Esta embestida fué terrible y puso en cuidado a D. Nicolás y a sus ayudantes, porque se daban cuenta de que su gente estaba muy agotada, y si insistían con fuerte arremetida no podrían resistir, por no disponer de defensas adecuadas y ser el pueblo completamente vulnerable, toda vez que, construídas la mayo-

ría de las casas a base de madera, no era difícil incendiarlas. Temían además que el fuego, que se había iniciado en dos partes, pudiera propagarse y provocar una verdadera catástrofe si se retrasaban los refuerzos del Duque que debían acudir en su auxilio.

Celebró D. Guillermo junta de Capitanes y en ella trazaron una hábil estratagema, confiando que, por lo menos, conseguirían desorientar a los portugueses y suspender las hostilidades, pues llevaban combatiendo desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, «sin cesar de granizar balazos los arcabuces ni de llover los cielos todo el día».

La treta planeada consistía en que las tropas encargadas de la defensa de los alrededores de San Martín se pusieran en marcha con dirección a Valverde, dando a entender al enemigo que estaban próximos a llegar los refuerzos que esperaban y que iban a situarse en lugares estratégicos para poder cortarles la retirada cuando fueran lanzados definitivamente de San Martín.

Don Nicolás de Arnalte, que, como sabemos, gobernaba la plaza, al ver que en lugar de recibir refuerzos se retiraban las fuerzas que actuaban a las órdenes del otro Maestre, como no estaba al corriente del acuerdo tomado en junta de Capitanes, se quedó perplejo, temiendo un final desastroso; pero a poco llegó un soldado (1) con la misión de informar al Gobernador de San Martín de las intenciones de D. Guillermo, haciéndole com-

(1) «El año siguiente de quarenta y dos, Dn Alvaro de Abrantes General rebelde, sitiado y aprestado la Villa de Sn Martín de Trebejo con cinco mil infantes y setos Caballos sirvió la Zarza a su socorro con ciento veinte soldados debajo la mano del Maestre de Campo Dn Guillermo de Burgo y en alguna manera fué causa de que no se perdiese la villa, el que habiéndose hallado en toda nra gente quien metiese un pliego al Gbor y Sargento mayor Juan Roa, se ofreció valerosamente Juan Martín Garrido soldado de la Zarza; y rompiendo por los ataques del enemigo dió aviso del socorro y volvió a nuestra gente con que se sostuvo la Villa.»

Esta nota está tomada, según los Sres. Del Solar y López de Alba, de un memorial que los vecinos de Zarza la Mayor elevaron a la Reina D.^a Mariana de Austria; pero en ella se aprecian varios errores: que el ejército portugués no lo mandaba en aquella ocasión Abrantes y sí Téllez de Meneses, y que durante el cerco de San Martín de Trevejo su Gobernador no era Juan de Roa, pues en todos los documentos de la época aparece con tal cargo D. Nicolás de Arnalte o de Ornalte.

prender que el movimiento y disposición de sus tropas era una exigencia de táctica más bien que un abandono de los sitiados y una dejación de sus deberes.

Confortado con esta noticia, el Gobernador esperó el desarrollo de los acontecimientos, y no se hizo esperar por cierto el desenlace de la ocurrencia de D. Nicolás, pues apenas éste y los suyos hubieron transpuesto un montículo que los ocultaba y separaba de sus enemigos, cuando éstos, recogiendo los heridos y enterrados sus muertos, se apresuraron a levantar el campamento, emprendiendo la tirada hacia el castillo de Eljas, temerosos de una emboscada o de otro imprevisto acontecimiento.

El portugués hizo alto a media legua de San Martín y mantuvo sus tropas en orden de batalla hasta el anochecer, por si los nuestros pretendían seguirle y atacar, y al día siguiente, temiendo en todo momento una posible sorpresa, se metió en Eljas.

Estando en esta fortaleza se dió cuenta del movimiento de nuestros ejércitos, y pensando, sin duda, que un nuevo encuentro nada resolvería, prendió fuego al lugar y al castillo, después de haber sacado las municiones que días antes metiera en él para mantenerlo. Derramaron por el campo el mucho trigo que tenían almacenado, quemaron las puertas que ellos mismos habían fabricado para mejorar las defensas, destruyeron los reparos, paredones y fortines improvisados, y se retiraron a toda marcha hacia Peñamacor, en cuya ciudad tenían su plaza de armas.

* * *

En la marcha sobre Eljas y San Martín destacaron por su valor y coraje en la acometida algunos cilleranos que pertenecían a la compañía de D. Alonso de Angulo; pero la nota sobresaliente de la jornada la dieron 60 zarceños que se batieron con denuedo a las órdenes del Alférez D. Benito González. Agradeció el Maestre a los zarceños el valiente esfuerzo que realizaron en los momentos difíciles, evitando con su arrojo y decisión que el enemigo se cubriera de gloria, y para premiar su valor les hizo entrega de testimonios escritos, diciéndoles gozoso: «que aunque no experimentados habían peleado como soldados viejos y valientes».

De aquí se entiende, según determinado historiador (1), «cómo los principiantes hábiles se deben estimar con crédito de viejos y esto aún más seguro cuanto es mejor el valor conocido por la edad incierta, el talento sabio que la anciana capacidad, y la buena disciplina que la esperanza indocta».

Refiriéndose a esta campaña, dice el informador de Alcántara en uno de sus escritos, que lleva fecha de 24 de Abril: «El enemigo hizo mucha presión para entrar en San Martín de Trevejo, y como nuestra gente se defendió con valor, le fué fuerza retirarse, como se puede ver por una minuta que remito con ésta de lo sucedido allí.»

No hemos podido encontrar la minuta a que hace referencia el Contador de Alcántara, pero creemos sin duda alguna que fué la que sirvió de base a D. Bernardo López Abarca, Auditor General del ejército de Ciudad Rodrigo, que lleva fecha de 27 del mes de Abril de 1642 y que, copiada, dice así: «El miércoles pasado el resto del ejército del enemigo socorrió el castillo y nuestras compañías se retiraron a San Martín de Trevejo, a donde gobernaba las armas don Nicolás Arnalte, Maestre de Campo de un tercio; y el viernes siguiente salió el portugués con resolución de tomar a San Martín de Trevejo con dos mil quinientos infantes y ciento cincuenta caballos, puestos en orden en tres puestos. Embistió las trincheras de los nuestros y con valor y resolución empezó la batalla a las nueve de la mañana. Don Nicolás tenía quinientos mosqueteros y cien picas, y en hora y media ni de una ni de otra parte se hizo nada; pero como los castellanos iban perdiendo el miedo, las balas que tiraban no iban en balde, y a esta hora se retiró el portugués al castillo de las Selges (Eljas) con buen orden que está allí media legua, habiéndole herido y muerto más de trescientos hombres, y de acá sólo murió uno y herido fueron tres... Fué la furia de la retirada tanta, que el general portugués Meneses se le olvidó en San Francisco de San Martín el bastón que era de una caña de la India, claveteado de plata, que después vino a manos del Duque» (2).

(1) Méndez Silva, en el ms. titulado *Empresas militares que los valerosos zarceños...*, que guarda la biblioteca del Monasterio de Guadalupe.

(2) Este documento lo transcribe P. Hurtado en su obra *Castillos, torres y*

Segundo mandato de Abrantes

En el segundo semestre del año 1642 los Justicias de Su Magestad publicaron bandos en toda la frontera prohibiendo, bajo penas severísimas, las entradas y correrías por Portugal. Estas medidas favorecieron extraordinariamente al enemigo, pues mientras los nuestros permanecían en obligada quietud, ellos, haciendo alarde de arrojados y valientes, sobre todos los de tierra de Juinos, penetraban sin trabas por los términos de Zarza, Cilleros y Valverde y arrasaban con todo, sin que las autoridades de los lugares mencionados permitiesen el rescate. Y hasta tal extremo se cumplía lo dispuesto, que habiendo penetrado parte de la compañía de caballos, acuartelada en Cilleros, en la jurisdicción de Salvatierra sin orden de su Capitán, se les obligó a regresar rápidamente, a instancia de los zarceños, que recompensaron a los cilleranos, por lo infructuoso de su incursión, con 400 fanegas de cebada, y entre tanto el enemigo recorría y robaba impunemente nuestros campos con entera libertad. Mas esta anomalía, este estado de cosas, de consecuencias funestas para los habitantes de los pueblos de la frontera acá, tenía que terminar.

Habían sido tantos los aciertos del General Abrantes durante el primer período de su mandato, que, una vez restablecido de la herida que sufriera, solicitó volver nuevamente a la Beira, y el Rey D. Juan accedió de buen grado a sus pretensiones.

En Coimbra, donde estaba en Abril de 1643, compró 120 caballos, los equipó convenientemente y bajó con ellos a la frontera. Pasó algunos días, pocos, en Castelo Branco y desde allí pasó a Idaña Nova, en cuyo lugar hizo que se le incorporara la

casas fuertes, haciendo constar que el referido López Abarca fué testigo presencial del ataque. Nosotros sinceramente nos inclinamos a suponer que no hubo tal cosa y que el mencionado Auditor pudo muy bien redactar el parte oficial de aquel acontecimiento bélico utilizando las notas que facilitara Gil de la Cofera o algún otro informador. Según los partes de la campaña y las comunicaciones o referencias de cronistas y testigos, no había en la plaza de San Martín, durante el asedio, más autoridad que D. Nicolás de Arnalte, Gobernador y Jefe supremo de todas las fuerzas civiles y militares.—N. del A.

compañía de infantes del Capitán Damián Botello. Partió después al frente de ella para reconocer los castillos de Salvatierra y Segura y volvió por Idaña Velha para hacer visita de inspección en las villas y castillos de Monsanto, Peñamacor, Sabugal y Alfayates, regresando por último a la ciudad de Guarda.

En esta jira examinó detenidamente el estado de dichas plazas, previniendo lo que convenía para su defensa y haciendo el viaje acompañado de una lucida escolta de nobles caballeros, que se honraban con su amistad y cooperaban con él en los problemas de la guerra.

Informó después al Rey del resultado de su visita y solicitó dinero para reclutar un regular ejército destinado a la defensa de aquella frontera; pero no le pudieron enviar más de 6.000 cruzados, porque las áreas de Palacio estaban exhaustas. Con tan pequeña cantidad, procurando suplir la carencia de dinero, consiguió reunir 1.500 soldados de a pie y 600 de a caballo, haciendo correr la voz de que se proponía atacar por el Alentejo y penetrar más tarde en Castilla por la parte de Badajoz.

Procurando que lo creyeran así, el 2 de Agosto de 1643, en la ciudad de Guarda, puso al frente del recién creado ejército a su Sargento mayor y dispuso que emprendiera la marcha, en tanto que él, acompañado del Teniente del Maestre de Campo, Fernando Téllez Corao, iba a pasar la noche en Peñamacor. Desde allí siguió a Proença, donde empezó a dar a la gente pan de munición, avanzando después hasta Turoes, en cuyo lugar facilitó a sus soldados pertrecho, pólvora y municiones.

Al día siguiente se puso en camino hacia Alcántara el ejército que había conseguido reunir y equipar, bajo el mando del Sargento mayor Rosao, francés, y de los Capitanes Marco Antonio de Acebedo, Francisco Suares, Juan Freire, Salvador de Matos, Manuel de Avilar, Domingo Vaz da Costa, Francisco Suares do Rego, Miguel Alvarez Galvao y monsiur Mongrou. En la vanguardia iba la caballería con su Capitán Cristóbal de Afonseca, seguida de la infantería de Damián Botello, y a continuación todos los demás. Cruzaron el Eljas por un vado que tenía poca agua; pero al poner pie en Castilla se despistaron, porque no llevaban prácticos y era de noche. En vista de lo cual, Téllez Corao celebró consejo con los Capitanes sobre si debieran o no

continuar la marcha, acordando al fin, en previsión de un posible contratiempo, toda vez que la tropa estaba ya muy fatigada por la terrible marcha, hacer alto y descansar. Así se hizo y, al amanecer, el General dispuso continuar nuevamente hasta Alcántara.

Para realizar determinada gestión se acercó Abrantes a Zibreira y permaneció allí tres o cuatro días, hasta el 9 de Agosto, en cuya fecha reemprendió el camino de Alcántara, no sin antes haber ordenado que la caballería se le incorporase en el castillo de Segura. Después con ella pasó la frontera y cayó sobre Piedras Albas, pueblecito de 60 vecinos, que saqueó sin encontrar resistencia. De allí fué a Estorninos, lugar aún más pequeño que el anterior y que corrió la misma suerte, continuando el avance hasta que dió vista a la plaza de Alcántara, pudiendo observar a su llegada que ya alguno de los suyos escaramuceaban con los castellanos. Dispuso entonces que un grupo de los que iban con él ayudara a los que se batían y obligaran a los alcantarinos a refugiarse entre sus muros.

Habían quedado en Segura 15 o 20 portugueses con caballerías y parte de la impedimenta de los particulares incorporados a la columna del General y no siguieron en pos de ellos hasta el día siguiente. Llegados a Piedras Albas, encontraron a un soldado de los de Abrantes, que, en lugar de seguir en compañía de los demás, se había rezagado para robar y huir con los despojos, y al ser interrogado dijo que todo el ejército se dirigía hacia la plaza de Alcántara. Entonces los acemileros, guiados por uno de Maimoa, que aunque conocía aquellos caminos y vericuetos los llevó por la carretera, vieron a distancia a un grupo de soldados que marchaba en la misma dirección que ellos, y para cerciorarse si eran de los suyos enviaron dos enlaces, que fueron hechos prisioneros, porque se trataba de fuerzas del enemigo.

Estando el General a la vista de Alcántara, reconoció el campo y buscó el lugar más conveniente para cruzar el Tajo, ya que no podía hacerlo por el famoso puente, porque estaba bien defendido y guarnecido, y no resultaba fácil vadear dicho río, cuyas orillas eran escenario a propósito para sufrir las consecuencias de una emboscada; por tal motivo, después de hacer

algunos tanteos, con prudencia y sano juicio resolvió retirarse.

Mientras Abrantes se entretuvo en los alrededores de Alcántara, los vecinos de Piedras Albas, indignados por el saqueo y atropellos sufridos, dieron muerte a cuatro soldados portugueses que se habían quedado rezagados por el cansancio y los hallaron dormidos, motivando este lamentable suceso que al regreso del General, cuando pasó por segunda vez por dicho pueblo, noticioso de lo sucedido, no impidiera que un Capitán inglés y varios soldados penetraran en la iglesia y, sin respetar el lugar sagrado, hicieran una horrenda carnicería entre los vecinos que en ella se habían refugiado, cogiendo además prisioneros a los que quedaron con vida.

Horrible matanza que cubrió de luto a todos los hijos de Piedras Albas y que merece figurar con letras de oro en los anales de la villa. Nos resistimos a creer que militar tan digno y pundonoroso, como era D. Alvaro de Abrantes, permitiera tamaña monstruosidad; pero el hecho es cierto, sin género de dudas, y lo incluye en su narración un historiador portugués (1), quien por su condición de sacerdote se esfuerza para encontrar disculpa a lo que no la tiene y alega, en defensa de la incalificable acción de sus paisanos, otros hechos sacrílegos cometidos por los castellanos en diversas ocasiones.

Desde Piedras Albas, disgustado por lo infructuoso de la expedición, el General luso partió para Monsanto, plaza excelente y bien acondicionada, pasando por Segura y Aldea Velha. Allí organizó un grupo volante, que puso a las órdenes de Bernardo Pereira de la Cerda, compuesto de 300 hombres de a pie, pagados y de ordenanza (2), sobre el castillo de Payo. Empezaron la marcha a través de Quadraças y Souto y, después de cruzar la frontera, pasaron junto a Navasfrías sin que los de este lugar se apercibieran. Hicieron el recorrido de noche, con temperatura deliciosa por ser el mes de Agosto; pero se despistaron y dieron en Payo a las nueve de la mañana, lo que permitió a

(1) Salgado de Araujo, Abbade de Pera, obra cit.

(2) «Nótese que tem este reino para sua defençaõ tres generos de milicia, gente paga, que faõ soldados, que chamão vivos, auxiliares y volantes, que chamamos de ordenança, o que se declara para que se entandaõ estas locuções.» Obra cit. de Salgado de Araujo, pág. 171.

los vecinos darse cuenta del peligro y refugiarse presurosos en el castillo. Pereira trató de escalar el fuerte, mas los defensores resistieron valerosamente y rechazaron a los asaltantes con graves pérdidas, obligándolos a retirarse después de haber incendiado algunas casas. El Capitán dispuso abandonar el lugar por temor a una sorpresa y el consiguiente fracaso para sus huestes.

Ya por este tiempo el Rey portugués había dispuesto se incorporase nuevamente a la Beira D. Sancho Manuel, que fué acogido con aplauso y a gusto de todos. Abrantes le ordenó preparar gente para marchar sobre Fuenteguinaldo y partió en seguida, encontrando a los 600 vecinos del lugar metidos en el castillo y en las trincheras. Por tres veces intentaron los portugueses apoderarse del fuerte y otras tantas fueron rechazados, lo que les obligó a tomar represalias, saqueándolo todo y prediendo fuego a los edificios. Al darse cuenta de tal atrocidad los ínclitos defensores de Fuenteguinaldo, salieron de sus refugios y cayeron sobre los incendiarios, llegando a luchar con ellos cuerpo a cuerpo en mitad de las calles, con tales bríos que les causaron innumerables muertos, aunque también los del lugar experimentaron sensibles pérdidas. Retiróse al fin Pereira y los suyos, sin haber conseguido otra cosa que un serio descalabro y haber desvalijado y casi destruído el histórico pueblecito castellano; cosa corriente entonces, pues desde el feliz y provechoso golpe de mano que dieron los rebeldes en Piedras Albas se habían envalentonado y realizaban constantemente buen número de fechorías, tantas, que cada día quemaban un lugar.

El 16 de Septiembre del expresado año envió Abrantes a don Lorenzo de Acosta, con 500 caballos y 200 infantes, a prender fuego a la villa de Moraleja, y como cogieran desprevenidos a los encargados de la defensa, realizaron con facilidad su propósito y la dejaron completamente destruída.

Los vecinos de Cilleros avisaron rápidamente a Zarza de cuanto sucedía en Moraleja y, celebrado consejo, acordaron los zarceños salir a cortar el paso a los portugueses ya dentro de su país, caso de no poder contenerlos, dado su crecido número, en el sitio llamado Peñas Rubias (1).

(1) El lugar de Peñas Rubias asentaba a la sombra del castillo de Bernar-

Esperaban que D. Miguel Esquivel, Capitán de corazas, que gobernaba en Cilleros y tenía también a su cargo la defensa de Moraleja, saldría en seguida a juntarse con los zarceños para atacar al enemigo en el punto que juzgasen más adecuado.

Con esta resolución fueron al Sargento mayor, que lo era por entonces D. Felipe de Villarte, instándole a que saliese con urgencia, y aunque éste se negó en un principio, accedió al fin, previa consulta con cuatro Capitanes y a ruego de los zarceños. Formó una compañía con 100 infantes y 60 caballos, la mayoría de ellos con albardas y albardones, pues todavía no había equipado su caballería, y marcharon a Peñas Rubias, pensando encontrarse con Esquivel, que por cierto no se había movido de su cuartel.

Al llegar los nuestros a la sierra divisaron al enemigo, que, ocultándose por trochas y veredas, pretendía alcanzar la frontera con su gente fatigada y sedienta. Cuando vieron a los zarceños presintieron una catástrofe, y es bien seguro que pocos escaparan si Esquivel hubiera cumplido con su deber. Mas como zarceños y cilleranos eran pocos y además gente bisoña y mal pertrechada, no se atrevieron a hacerles frente. Por el contrario, los portugueses, no desaprovechando la ocasión, cayeron sobre los nuestros, causándoles sensibles pérdidas: entre otros, don Rodrigo de Aponte Aldana, caballero de Alcántara y Alférez de infantería (1).

«Como ordinariamente la curiosidad sale a la cara», en esta refriega fueron hechos prisioneros un estudiante y un clérigo, que se habían incorporado a nuestras milicias para ver lo que pasaba. El estudiante consiguió pronto escapar, pero el sacerdote fué llevado a Guarda y allí estuvo algún tiempo dedicado a trabajos impropios de su ministerio y vejado constantemente. Se hizo todo lo posible por rescatar al prisionero, y ante el fracaso de las gestiones, los zarceños, por el mes de Noviembre, entraron en el pueblo de Zibreira, dos leguas adentro, y lo

do, que fundaran los árabes y perteneciera después a los Templarios, en la dehesa de Benavente, y del cual no se conservan hoy más que ruinas. Fué propiedad del Duque de Abrantes.—*N. del A.*

(1) Véase *Zarza la Mayor*, de Del Solar y López de Alba (Badajoz, 1928, página 89), y en la mencionada obra del Abbade de Pera.

saquearon, apoderándose de ganado, armas, alhajas y, lo que era para ellos más importante, del cura del lugar, a quien trataron con toda clase de consideraciones, no causando la muerte a persona alguna en esta osada y reivindicadora incursión.

Después no les fué difícil concertar el canje de ambos clérigos.

Estaban seriamente afectados y resentidos los habitantes de nuestros pueblos fronterizos por los desastres de Estorninos y Piedras Albas y también por el fracaso de Peñas Rubias, y para desagraviarse cayeron una noche sobre Monfortiño y lo asolaron completamente. Igual suerte corrió la aldea de Tulones, que está una legua más hacia el interior. Pero no por esto se acobardaron los portugueses, sino que, por el contrario, realizaron rizas constantemente en tierras de Extremadura y recibieron zarpazos de los nuestros en idéntica proporción y con la misma frecuencia.

El napolitano Mazacani

En el año 1644 se puso al frente de la guarnición de Zarza don Juan Jacome Mazacani, napolitano, Capitán de corazas enviado por el Marqués de Torreviso, que gobernaba en dicho año con el título de Capitán General del ejército de Extremadura, y fué el primero que dispuso de compañías de infantería y caballos y de Sargentos mayores de tercios.

Mzacani, a poco de tomar el mando, ordenó que dos grupos de paisanos y soldados entraran de noche en Portugal con el fin de apresar algún ganado «para bastimento y provisión». Al despuntar el día, el jefe del primer grupo dió vista a Salvatierra, procurando distraer al enemigo con algunos napolitanos y zarceños, en tanto que el otro grupo se separaba para hacer la leva; pero salieron de la plaza portuguesa algunos de a caballo y acometieron a los nuestros. Al retirarse precipitadamente Mazacani, tropezó su caballo y cayó en tierra, con grave riesgo de ser hecho prisionero; mas dos soldados, exponiendo sus vidas, acudieron a socorrerle y, montando nuevamente a toda prisa, pudo escapar con ellos.

Los de Salvatierra, viendo que los extremeños habían cru-

zado la ribera y penetrado en tierras de Portugal, enviaron toda su infantería y recorrieron parte de la comarca, poniendo en cuidado a la gente de Mazacani; pero éste recibió refuerzos y les salió al encuentro, dispuesto a escaramucear con ellos y entretener el tiempo. Hízose tarde y todavía no regresaban los que se habían internado para apresar el ganado, lo que obligó al Capitán a salir con el fin de protegerlos, y al ver que se retrasaban determinó recogerse a su cuartel; pero le instaron sus soldados para que esperara y, por fin, decidió ir a buscarlos. «En vano (le decían) se emprenden las facciones para no conseguir las. Están los compañeros en Portugal fiados en la escolta y nosotros debemos hacerlo; vuelven con la presa y si el opuesto io entiende han de salir a derrotarlos, y faltando nosotros perecerán con daño irreparable. No permite el honor militar hacer fuga de presentación y forzoso acometimiento; o todos hemos de morir o los conmlitares se han de resguardar» (1).

En la marcha descubrieron al enemigo y avanzaron ligeros a darle alcance; mas entonces los portugueses, por temor a una sorpresa, se detuvieron, y los nuestros sacaron la presa sin otro impedimento.

Ultima fechoría de Cerando Pillante

Antes que fueran rotas las hostilidades entre España y Portugal, cierto sujeto llamado Cerando Pillante Castellano, natural de Ceclavín, contrajo matrimonio y se avecindó en Salvaterra do Extremo. Era persona de escaso caudal, con fama en toda la comarca de ladrón bravo y pendenciero, cualidades que le permitían medrar y aprovecharse, ya que la anarquía y desorden mperantes en 1644, como consecuencia de la guerra, ofrecían escenario adecuado para que sujetos de tal catadura, matones y de instintos perversos, pudieran actuar impunemente.

Cerando se puso al frente de una pandilla de facinerosos y se dedicó a saquear majadas y casas de campo, a atacar indefensos y a apoderarse de cuanto encontraba de alguna utilidad. Personaje siniestro, consiguió con sus fechorías hacerse temible

(1) Del cit. ms. de Méndez Silva.

y poderoso, constituyendo la pesadilla de los ya maltrechos y perjudicados habitantes de la comarca que eligiera como escenario de sus fechorías, sin remordimientos ni escrúpulos por los grandes males que causaba en la tierra que le vió nacer.

Aplaudido por los portugueses, se creyó un superdotado y cada día se dejaban sentir más las consecuencias de sus tropezadas, al extremo de que las autoridades, seriamente preocupadas, decidieron poner en juego todos los medios imaginables para exterminar tan funesta alimaña, porque no solamente era un vulgar asesino y salteador de caminos, sino que resultaba doblemente peligroso capitaneando grupos de rebeldes que actuaban siempre por sorpresa y con positivo resultado, por la facilidad que suponía conocer al detalle los vados de la ribera y todas las trochas y veredas de la serranía.

En cierta ocasión supo Cerando que los vecinos de Zarza la Mayor iban a forrajear al término de Alcántara, cerca de Piedras Albas, utilizando un camino que pasaba junto a Portugal. Salióles al encuentro, acompañado de uno de sus inseparables camaradas, con el propósito de conocer la disposición de aquéllos y prevenirse para los acostumbrados lances.

Mientras oteaban la posible dirección que llevaran los zarceños, vieron a un muchacho que caminaba delante de ellos montado en un borrico, y al darle alcance le hicieron apearse y le sometieron a un hábil interrogatorio, procurando enterarse de cuanto interesaba a sus planes. Pero quiso la fortuna que en aquel preciso momento pasaran por allí cuatro jóvenes de Zarza, y uno de ellos, llamado Juan Martín Garrido, que conocía desde años antes al célebre bandido, al verlo, con los ojos desorbitados y rápido como un felino, corrió hacia él y lo acometió con saña, estimulado al propio tiempo de la gloria que alcanzaría suprimiendo de la faz de la tierra tan pernicioso elemento.

En tan grave aprieto, Cerando saltó sobre su yegua y, picando espuelas, escapó a toda prisa sin preocuparse del compañero, que fué hecho prisionero y amarrado con unas cuerdas. Mas el valeroso y arrojado Juan Martín, dándose cuenta de la maniobra, sin perder un instante salió a galope tras el fugitivo y consiguió darle alcance, acosándolo de tal manera, que el bandido se vió obligado a sujetar su cabalgadura y a hacerle frente

con una pistola que llevaba. Disparó con rabia, pero falló el pedernal y viéndose indefenso perdió el valor y el control de los nervios. Entonces, aturdido, vacilante y aterrado también por el gesto fiero del valiente zarceño, que no le daba tregua y empuñaba un afilado cuchillo, alcanzó la ribera y se precipitó en una gran balsa de agua. Tal decisión no impidió la persecución del brioso Martín, sino que, por el contrario, arreció en el ataque con gran coraje y tenacidad, arrojándose asimismo al agua y acuchillándolo sin piedad, aunque el ceclavinerero se escurría como una anguila y se protegía detrás de la yegua, procurando esquivar los golpes de su adversario.

En la huída Cerando perdió la espada y durante la refriega que sostuvieron al cruzar la ribera procuraba repeler los ataques con el cañón de su pistola.

Llegó a la orilla opuesta y pretendió escapar a uña de caballo, pero el zarceño volvió a saltar sobre él y lo derribó, atenzándolo por el cuello con sus fuertes manos y apretándolo sobre el suelo dispuesto a darle cuartel. No quiso atender a razones el bellaco, que se agitaba convulso, y profiriendo palabras soeces, en un descuido, se arrastró como un reptil y pretendió acogotar al zarceño, a quien sobraron energías para dar en tierra con él nuevamente. Entonces se revolvió como una fiera y dió a Juan Martín un terrible mordisco, obligándole a reaccionar con tanta violencia, que, cogiendo una gruesa pizarra que encontró a mano, le asestó con ella un golpe mortal en la cabeza. Así lo creyó el zarceño y se dispuso a montar a caballo para volver con los suyos; pero al dirigir la mirada para contemplar por última vez a su víctima, vió sorprendido que se había levantado y se dirigía, dando traspiés, hacia él con ánimo de atacarle, obligándole a que, sin miramiento alguno y de manera despiadada, terminara con él a cuchilladas.

Todas estas escenas se desarrollaron en un corto espacio de tiempo, y entre tanto llegaron los otros tres camaradas de Juan Martín, quienes cargaron los despojos en la yegua y se llevaron al prisionero, satisfechos y gozosos de la heroicidad de su paisano.

Trascendió la noticia rápidamente por todos los lugares comarcanos y se celebró como un gran acontecimiento, como el

triumfo de una gran batalla. Los de Salvatierra, por el contrario, sintieron enormemente la pérdida de su gran colaborador, jefe en la mayoría de las facciones, excelente espía e incansable peón de brega.

Los que más se alegraron de la muerte de Cerando fueron los propietarios del distrito, cansados ya de ver saqueadas sus haciendas y diezmados sus ganados. Fueron contentos a dar albricias al héroe de la Zarza, en tanto que acudían en ruidosa algazara los habitantes de las cercanías para contemplar la cabeza y brazo derecho del forajido, que estuvieron colgados de una escarpia, durante varios días, en la plaza de la villa.

APÉNDICE

DESCRIPCIÓN DE ALGUNOS PUEBLOS FORTIFICADOS PERTENECIENTES A PORTUGAL ENCLAVADOS A TODO LO LARGO DE LA FRONTERA CON LA PROVINCIA DE CÁCERES

Rosmaniñal.—Este es un lugar el Tajo abajo de Alcántara, está circunvalado de trincheras de piedra, nada lo asegura tanto como la dificultad de los pasos y el río Serjas que lo cubre aunque no muy de cerca; además tiene un fortín alrededor de la iglesia.

Segura.—Es un lugar con castillo antiguo, con foso y puente levadizo, y por la parte de Alcántara un puente al río Serjas.

Salvatierra.—Es una villa fortificada a lo moderno, con sus baluartes aunque no todos muy capaces, con mucha parte con banqueta, pero por ninguna parte tan alto que esté libre de escaladas; esta fábrica es de piedra labrada y barro, tiene dos puertas, la una mira a Segura y la otra al río Serjas, y está casi pegada al castillo y a su plaza de armas, de suerte que se defiende de la torre del homenaje.

Este castillo es fuerte a lo antiguo, tiene la torre del homenaje que defiende como se ha dicho una puerta y en los demás ángulos algunos torreones que franquean, aunque no mucho porque son muy altos.

Tiene entrada encubierta (ilegible) por la parte de la campaña y alguna parte hacia el lugar por la puerta no la hay, es muy capaz, pero de poca defensa porque no tiene (ilegible) ni banqueta y es muy alta.

Entre el castillo y el lugar hay una plaza de armas, es como

de 100 pasos y por muchas partes más, y todo piedra viva, de suerte que para arrimarse al castillo es fuerza hacerlo con galerías para ir encubiertos, que tierra no la hay.

La torre del homenaje se comunica por dentro del castillo por un puente, porque siempre parece está todo junto con murallas, no es toda una otra de suerte que aunque se volare la torre quedaba el castillo entero, y de la misma manera aunque se volare el castillo por una parte, tiene otra tanta retirada, tiene una buena cisterna dentro, la villa no tiene agua ninguna.

Las torres del castillo son capaces de artillería y la del homenaje tiene cuatro piezas pequeñas y buenas pues los (?) para sitiarla y batirla, aunque la fábrica del castillo es muy fuerte haría más efecto con bombas para lo que hay excelentísimos puestos, esta plaza se podría ver por su planta, aunque según entiendo han acortado la fortificación de la villa por la parte de la puerta de Segura con que quedará más fuerte y más fácil de guardar si lo han hecho.

En este lugar hace sus juntas muchas veces el enemigo para sus entradas hasta el opósito de la Zarza.

Enfrente de esta villa está el castillo de Peñafiel a tiro de cañón, el río Serjas en medio, está desamparado, los suelos o bóvedas hundidos, pero las paredes enteras, como de la misma manera la falta se podía poner de nuevo en defensa y no con mucho gasto. El puesto es muy bueno, porque aunque no está en el mismo paso del río, está cerca y sube mucho a la Zarza, está por aquella parte como por otro vado más abajo es del partido de Alcántara por la parte del río es inaccesible por donde puede salir agua a él con cuerdas que no se le puede quitar si no es con la artillería de Salvatierra. Por la parte de la Zarza también el terreno es áspero.

Zibreira.—Es un fuerte real de piedra y barro sobre el camino de Idaña desde Salvatierra, de donde dista dos leguas y poco menos de Segura. Aquí hacen noche los comboyes y refrescan las partidas cuando entran y salen, de suerte que es de mucho embarazo, como también para los nuestros cuando entran o salen por ser aquel el mejor paso.

Peña García.—Es un lugar de 160 vecinos, está en la cumbre de la sierra de Monfortiño que divide entrambos reinos, dos

leguas de Salvatierra, tiene media compañía de guarnición en un reducto que hicieron y dos piezucas, una de bronce y otra de hierro.

Monsanto.—Dista de Salvatierra tres leguas y media, está en lo más empinado de una sierra descollada por las dos partes, tiene buen castillo y una compañía pagada de guarnición, sus vecinos llegan a 300, es lugar de difícil subida y no tiene más que una. Allí están guardadas muchas alhajas de toda la comarca por su fortaleza. La villa por esta causa vive con algún descuido.

Peñamacor.—Es de las más importantes de toda la comarca de Castelobranco y está por esto como por su situación en ella don Sancho Manuel, que es el que gobierna aquella frontera, sus vecinos pasan de 100, tiene castillo y villa vieja con sus murallas y ésta contiene hasta 200 vecinos, lo demás que es la parte principal se cierra con una trinchera despegada de las casas con sus troneras y defensas.

La guarnición ordinaria son tres compañías de infantería pagadas, otras tres de ordenanza que se componían de los vecinos que tendrá hasta 40 caballos. Desde esta plaza se mudan los guardias que entra de gente pagada en los castillos de Salvatierra, Segura, Rósmaniñal, Monsanto e Idaña, que todo se hace de 10 compañías pagadas que tiene un tercio que está en aquella frontera.

Hay en Peñamacor dos o tres piezas pequeñas de bronce que sirven más para tocar arma cuando entran nuestras partidas que para otra cosa o defensa, tiene al opósito la villa de Cilleros, que dista cuatro o cinco leguas y otro tanto de Valverde y siete de la Zarza.

(Estas notas han sido tomadas, respetando la redacción, del manuscrito número 18.654²⁴, que consta de 12 hojas útiles en folio, letra del siglo xvii, y que se conserva en la Biblioteca Nacional. Parece ser obra de algún espía. Y ofrece la particularidad de darnos a conocer el estado de las plazas fuertes de referencia durante nuestras discordias y guerras con Portugal en 1640 y años sucesivos.)